

# Días de crisis

## ● Guillermo Atías narra la pugna y las angustias de un Chile dividido, camino a la tragedia

No es un pretexto para un "sauna síquico" ni un ejercicio de estilo, sino una novela cabal, bien urdida, con un narrador distanciado y los elementos de índole testimonial que constituyen su justificación. *Le sang dans la rue* (Editions Rupture, París), del chileno Guillermo Atías, aparece primero en su versión francesa y no en el castellano en que fue escrita; toma su título de un verso de Neruda: "Venid a ver la sangre por las calles", de *España en el corazón*, y está situada en el período que va desde el ascenso del Presidente Allende al gobierno hasta los días finales de 1973.

Con el fin de observar este inmenso labo-

ratorio político que es Chile, un periodista latinoamericano, enviado por una publicación argentina, aventura de entrada una observación: que no es fácil entender a los chilenos, con sus sistemas de defensas mentales, cierto balbuceo desganado y, sobre todo, con una blandura bucal, "como si manejaran un lenguaje retráctil".

Desde el primer día, el protagonista comienza a ver los obstáculos y a poner en duda todo, con la certeza que le da su falta de euforia y un moderado escepticismo, el cual le viene del conocimiento de la realidad multisonora y proteica de América Latina. Entiende muy bien que no le va a ser

fácil al gobierno de la Unidad Popular asentar sus nociones políticas encarnándolas en un tipo de acción, y teme que el poder de las masas sea sólo un mito compensatorio.

Un día conoce a Marta, militante intelectual activa y comprometida, quien va a ser el vínculo emotivo y visionario, el núcleo simbólico que va anticipar —con su propia historia— la caída del gobierno. Junto a ella vivirá gran parte del proceso y una historia sentimental cuyo *leitmotiv* es el verso de Neruda, "un verano de tigres", con el calor de la piel, las furias y las penas y los juegos de pasión y confusión propios del período histórico.

## Tanques, colas, cacerolas

Al avanzar, la novela es ya un clima. Si una "calma luminosa" hace perder el carácter agresivo al paisaje, el periodista quiere llamar la atención sobre el exceso de confianza, la seguridad dogmática, los desatinos, las apoyaturas en la mitología social chilena, los caminos del complot, el poder del dinero, la preparación externa e interna destinada a cavar la tumba del gobierno.

Quiere el narrador poner en guardia, desea que entiendan los confiados, propone creer en la venida del lobo. Va conociendo más gente, lo cual permite a Atías combinar a los personajes reales y ficticios: Joan Garcés oye sus testimonios; Florencia, una joven chilena, parece amarlo. Y las calles comienzan a volverse barricadas, núcleos vivos de resistencia. Y la huelga de los camioneros, el asunto de la ITT, el desfile

de las cacerolas vacías, el mercado negro las colas, el tancazo, la agitación de los cordones industriales, la ley del control de armas se combinan con un orden novelesco en el cual Atías vigila los mecanismos que le han de permitir escribir una narración y no una denuncia postrimera.

Con un haz de formas, el novelista va de la historia concreta, evitando la "visión lírica", al pormenor ficticio, iluminando la explicación posible y verosímil. Delibera-

damente, hace gris la atmósfera y le da los toques de una bruma mítica en un friso de época que no desdeña los tonos de la ira o de la sordina, las combinaciones cuya clave reside en el poder del Poder.

Al final del libro, el drama pone prisa en la escritura. Atías se atropella, su héroe se debilita en el plano narrativo, la seguridad cede. No es fácil resguardarse cuando a la chispa reemplaza el incendio. Lo demás se sabe... A.C.

Guillermo Atías:  
escarbando en una vieja herida

